

N.º 28

25cts

Ricardito sigue la comedia

por RICHARD TALMADGE



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCIÓN

THE MERRY CAVALIER 1926

Ricardito sigue la comedia

Versión novelesca de la película de igual
título, interpretada por el popular artista

RICHARD TALMADGE



Exclusiva: GAUMONT
Paseo de Gracia, n.º 66



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARIS, 204 : BARCELONA

Ricardito sigue la comedia

RICARDITO SIGUE LA COMEDIA

TIPOGRAFIA LA ACADEMICA

" TIPOGRAFIA LA ACADEMICA "
HERNANDEZ DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6 - 104 1 BARCELONA

RICARDITO SIGUE LA COMEDIA

I

En el Lago Huntington, en pleno Oeste, donde lejos de los ruidos de la civilización los árboles centenarios son como arpas sólidas que hace sonar el viento, todo es grandeza y poesía.

Hasta aquellas tierras, vírgenes en otro tiempo, ha llegado también la fiebre de los negocios, y hoy son explotadas, arrasadas mejor dicho, por la importante Compañía de maderas de Juan Hemper, quien, para descansar de una vida de constante actividad, ha buscado un refugio tranquilo y confortable en San Francisco, dejando al frente de su explotación a Samuel Bronson, cuyo único sentimiento es una desmedida ambición por el dinero.

Si el confiado propietario de la explotación conociese a los compinches de su encargado, y particularmente a Pedro Murdock, un sujeto de pésimos antecedentes, no estaría

muy seguro de que sus intereses se hallasen en buenas manos.

En la habitación que servía de oficinas en los terrenos de la explotación, Bronson, rodeado de sus secuaces les decía a éstos :

— Es preciso que echemos de sus tierras al viejo Cosgrove, sin que se entere el señor Hemper. Esperemos a que llegue Murdock y nos dé cuenta del resultado de sus trabajos.

El aludido, como si hubiera oído su nombre, se presentó en aquel instante y le entregó a Bronson un documento que decía :

**Escritura de cesión de terrenos
de Juan Hemper a Guillermo Cosgrove**

— Buen trabajo... — exclamó Bronson, demostrando en su semblante de facinero so la satisfacción que le producía aquel documento. — Con la escritura ésta en nuestro poder, esas tierras podemos considerarlas como nuestras.

— Pero... ¿cómo es posible que el viejo no haya registrado la escritura? — preguntó uno de los cómplices.

— Muy fácil — contestó el encargado de la explotación. — Yo le escribí a Cosgrove, firmando con el nombre de Hemper, para que no registrase sus propiedades; de modo que su único comprobante es la escritura, y esa, como veis, está en nuestro poder.

— Todo eso está muy bien — exclamó

Murdock. — Pero en cuanto el viejo se entere de que le queremos quitar sus terrenos irá a entrevistarse con el señor Hemper.

— No tengas cuidado — repuso Bronson, tranquilamente. — Dejadme hacer a mí, y yo os aseguro que dirigiré el negocio con mano maestra.

Y para dar una prueba de ello se puso a escribir una carta, falsificando la firma de Hemper, cuyo texto era el siguiente :

« Señor Samuel Bronson,

Muy señor mío :

Ha llegado a mi conocimiento que Cosgrove afirma que posee una escritura de propiedad de los terrenos que habita y explota. Haga usted que le enseñe ese documento, y en caso contrario oblíguele a salir de unas tierras que no le pertenecen.

Le saluda muy atento, JUAN HEMPER ».

En el ocaso de una vida de trabajo, de privaciones, de austeridad, Guillermo Cosgrove había conseguido comprar a Hemper aquellas tierras ricas, donde se alzaba su vivienda y que constituían su única fortuna. Cuando ya creía poder disfrutar de una vejez tranquila, el Destino iba a colocarlo, inerme, entre una banda de forajidos.

Más aún que a sus tierras que él había regado durante toda su vida con el sudor

de su frente, amaba Cosgrove a su hija Alicia, preciosa joven, cuyo rostro angelical parecía estar hecho con el delicioso perfume de las flores silvestres.

Mientras Alicia se encontraba fuera de la casa se presentó en ella Bronson, y le dijo a su padre :

— Hemper le vendió a usted estos terrenos, ¿verdad?

— Así es, en efecto — contestó Cosgrove, sin poder comprender adónde iría a parar el encargado de Hemper.

— Y le envió una carta ordenándole que no registrase su propiedad, ¿no es cierto, también?

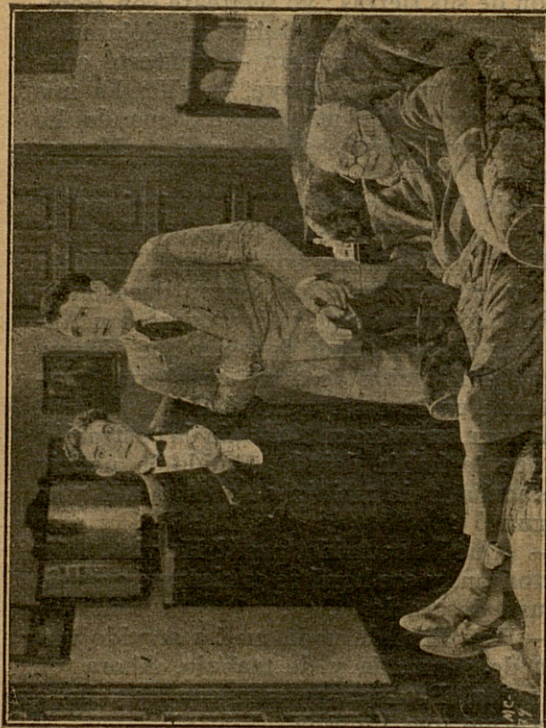
— Es verdad. ¿Cómo está usted tan enterado de eso?

— Lo de menos es que yo esté enterado ; lo más grave es esta carta que acabo de recibir.

Y le mostró la que momentos antes había escrito.

— Esto es una infamia — exclamó el anciano, indignado. — Pero si la escritura me fué robada, ¿cómo pretende Hemper, ahora, que se la muestre? Yo no puedo creer que haga conmigo esta villanía.

— Escúcheme y no se altere — le dijo Bronson, fingiendo una sincera amistad. — Los negocios son los negocios... Voy a hacerle una proposición que quizá le interese. Usted extenderá a mi nombre una escritura de



Su hijo Ricardito era lo que verdaderamente puede decirse una víctima de los padecimientos de su padre.

cesión de sus tierras ; yo pleitearé con Hemper y le abonaré a usted diez mil dólares.

— De ninguna manera — contestó oponiéndose el viejo Cosgrove. — ¿Vender mis terrenos por diez mil dólares, cuando he pagado por ellos sesenta mil?... Nunca, nunca.

— No haga tonterías, lo perderá usted todo y será peor... Si le ofrezco esa cantidad lo hago solamente por su hija... Medítelo bien y luego volveré a saber su decisión.

En el momento que salía tropezó con Alicia, que ante el temor de tener que oír una nueva declaración de amor entró apresuradamente en la casa.

Al ver a su padre en el estado de postración en que le había dejado sumido la noticia que acababa de recibir, se abrazó a él y le preguntó :

— ¿Qué ha ocurrido, papá? He visto salir a Bronson, y ese hombre es siempre augurio de una desgracia.

— Hija mía, de nada me ha servido una vida de economía y de trabajo. Ahora, en mi vejez, Bronson se cree con derecho a ofrecerme una limosna.

Y con gran trabajo, porque los suspiros ahogaban su voz, le fué relatando todo lo que decía la carta que el encargado de la explotación le había enseñado. Para darse una idea más exacta de lo que su padre le quería decir, recogió la carta, que Bronson

había dejado olvidada, y después de leerla exclamó :

— No creo ni una palabra de esa historia, ni creo tampoco que esta carta la haya escrito el señor Hemper. Ahora mismo me voy a San Francisco, y allí me entrevistaré con el propio señor Hemper.

Bronson, como todo el que no tiene la conciencia limpia, había espiado la conversación del padre y de la hija, y al enterarse de que ésta pensaba marchar a San Francisco, salió corriendo adonde estaban sus hombres y les dijo :

— La hija de Cosgrove va a llevarle a Hemper la carta que dejé olvidada en su casa. Hay que detenerla antes que tome el tren.

II

En su magnífica residencia de San Francisco, Juan Hemper era capaz de dirigir, desde su cómodo sillón, las más difíciles empresas; pero lo que no podía dirigir eran los vuelos de su imaginación, que a la sazón le hacían creer que estaba terriblemente enfermo.

Su hijo Ricardito, un niño bien, perezoso y débil, desde que su padre le obligó a sacrificar el dinamismo de su juventud para convertirlo en su enfermero, era lo que ver-

daderamente puede decirse una víctima de los imaginarios padecimientos del autor de sus días.

Hemper, temiendo a cada momento por su vida, había hecho que su amigo el doctor Benton no se separase un momento de su lado, y éste, compadecido de la vida de inercia que llevaba el joven Hemper, le dijo a su padre :

— Lo que usted hace con su hijo es un crimen... No hay derecho a condenarlo a su edad a ser un enfermero.

— Pero si es que lo necesito — repuso el señor Hemper, para disculparse. — ¡Estoy tan enfermo!... Ya sabe usted que él es la única compañía que tengo.

— Lo que es usted un egoísta — repuso sonriendo el galeno. — Ese chico era antes fuerte y ágil, pero esta vida de cárcel lo está volviendo delicado y enfermizo. Lo que Ricardito necesita es mucha actividad, mucho movimiento, y nosotros tenemos el deber de proporcionárselo.

Ricardito, fingiendo dormir, echado sobre un diván, escuchaba atentamente la conversación del doctor, que continuaba diciendo :

— Ese cómico amigo mío representará fuera del escenario un melodrama en el que Ricardito será el héroe, naturalmente que sin él saberlo, y de esta forma le haremos entrar en acción.



Quiero decir que, si a usted le parece, ensayaremos juntos

— ¡Admirable! — exclamó el padre del muchacho, entusiasmado con la idea.

— Será un melodrama con todos los ingredientes del género — explicó el doctor, para ponerlo en antecedentes. — Un anciano estafado, una niña inocente perseguida, documentos robados y otras cosas que ya inventará él.

Después de burlar el núcleo principal de sus perseguidores en el Lago Huntington, Alicia Cosgrove llegó a San Francisco y se presentó en la residencia de Hemper, quien al decirle su criado que una señorita pregun-

taba por él no dudó que se trataba del melodrama que le había dicho el doctor, y exclamó :

— Yo no estoy para que me vean señoritas. Ves tú, Ricardito.

El muchacho sonrió interiormente, pensando lo mismo que su padre, y bajó a la habitación donde esperaba la joven, que le preguntó al verlo :

— ¿Es usted el señor Hemper?

— Para servirlo, señorita — contestó Ricardito, a la vez que se decía : — ¡Caramba, qué muchachas más bonitas se busca este cómico para interpretar sus obras!

Alicia, sin poder adivinar lo que en aquel momento pensaba de ella el heredero de Hemper, continuó, diciéndole a la vez que le mostraba la carta que escribió Bronson :

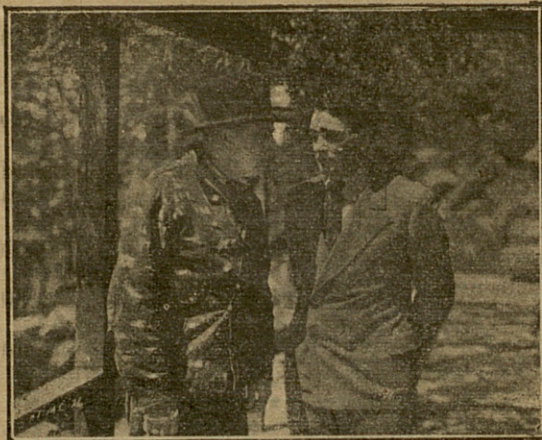
— ¿Escribió usted esta carta a mi padre?

— Siento contradecirla, pero le aseguro que esta carta está escrita por mi padre — contestó Ricardito, dispuesto a seguir lo que él creía que era una broma.

— Por favor, ayúdeme usted — exclamó entonces Alicia, anegada en llanto, a punto de hincarse de rodillas delante del muchacho. — Se trata de un horrible complot para arruinar a mi padre. Ayúdeme usted.

Ricardito se sonreía de aquella angustia de la joven que él creía ficticia, hasta que al fin le dijo :

— Sí, señorita, ya lo sé... Ancianos esta-



¡Salga usted ahora mismo de mi propiedad!

fados... documentos robados... No me interesa el melodrama, créalo usted.

— ¿Por qué habla usted así? — exclamó Alicia sorprendida. — Puede usted negarse a ayudarme, pero no tiene derecho a burlarse de mis palabras.

Pero Ricardito no dejaba de reír, y le decía :

— Muy bien, muy bien, interpreta usted su papel magistralmente. Es usted una verdadera actriz.

— ¿Actriz yo?... ¿Qué quiere usted decir? — preguntó la joven, cada vez más asombrada.

— Quiero decir que, si a usted le parecè, ensayaremos juntos.

— Basta de bromas, se lo suplico... Mi padre está en peligro. ¿No quiere usted ayudarme?

— No, decididamente, no. Ya le he dicho que el melodrama no me convence — terminó diciendo Ricardito, haciendo ademán de retirarse.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de su padre oyó al criado que decía :

— La señorita está trabajando superiormente, señor, pero es una lástima que el señorito no se deje convencer por la comedia del doctor Benton.

— Parece mentira. Nunca hubiese creído que mi hijo se negase a auxiliar a una mujer que le pidiese su protección. Ni aun en broma puede permitirse esto.

Ricardito oyó la contestación de su padre, y comprendiendo que llevaba razón en lo que decía salió saltando de un lado a otro hasta que subió a su automóvil y corrió a alcanzar a la joven.

No tardó mucho tiempo en llegar cerca del coche en el que iba Alicia, y de uno de sus formidables saltos se sentó al lado de la muchacha y le dijo :

— He cambiado de parecer, señorita, y estoy decidido a ayudarla... ¿Adónde hay que ir?

— Iremos a Lago Huntington y allí se

podrá convencer de quién es el encargado que tiene su padre en la explotación.

Y momentos después, los dos muchachos, encantados cada uno de la compañía del otro, tomaron el tren que había de conducirlos al terreno donde creía Ricardito que se iba a desarrollar la segunda parte de la comedia.

III

Los compinches de Bronson, después de haber perseguido inútilmente a Alicia, volvieron otra vez a Lago Huntington y le dieron cuenta a su jefe del fracaso que habían tenido, diciéndole :

— No hemos podido detener a la muchacha, y ha conseguido entrar en casa de Hemper.

— ¡Buena la hemos hecho! — exclamó Bronson, indignado. — Ahora se va a descubrir todo el pastel. El único que puede sacarnos de este atolladero es mi abogado. : voy a llamarlo ahora mismo para que venga inmediatamente. Vosotros id a la estación, a ver si viene la hija de Cosgrove.

El regreso de Alicia fué mucho más agradable que la ida, y cuando llegaron los dos jóvenes a la estación más próxima del lugar donde estaba enclavada la explotación, uno de los secuaces de Bronson le dijo a su compañero :

— Mira, parece que la muchacha trae con ella a un detective. Hay que avisar a Samuel.

Alicia también había visto a los dos hombres, y acercándose a Ricardito le dijo :

— Ahí hay dos cómplices de Bronson... Papá les llama traidores.

— Conque traidores, ¿eh? Pues ahora verá cómo trato yo a los traidores de melodramas.

En efecto, fué acercándose a ellos en actitud agresiva, y los hombres de Bronson, que tenían de todo menos de valientes, salieron corriendo para ponerse fuera del alcance del muchacho. Este, no obstante, los siguió hasta el hotel del pueblo, donde los vió meterse, pero debido a la amistad que el dueño tenía con el encargado de la explotación procuró ocultarlos, y Ricardito tuvo que volver al sitio donde había dejado a la joven, creyendo que para broma ya estaba bien con la carrera que les había hecho dar.

— Esos hombres no son traidores : son galgos — le dijo a Alicia, cuando volvió al lado de ella.

Mientras tanto Murdock, que era uno de los perseguidos de Ricardito, llamó por teléfono a su jefe y le dijo :

— Ande usted con cuidado, Bronson. La hija de Cosgrove ha vuelto acompañada de un detective.

— No le perdáis de vista — contestó el encargado. — Ahora mismo os mando un par de hombres para que os ayude a darle caza.

Alicia y Ricardito iban hacia la casa de la primera tan entusiasmados en su conversación que no pudieron darse cuenta de que varios hombres estaban apostados en el recodo del camino, aguardando su paso.

De pronto los compinches de Bronson se arrojaron sobre el muchacho, que sorprendido por el ataque no quiso ni oponer resistencia, hasta que, finalmente, al ver que sus secuestradores se alejaban demasiado, dió uno de sus fantásticos saltos y se libró de ellos.

Murdock y sus compañeros salieron tras él dispuestos a no dejarle escapar, pero la agilidad de Ricardito era muy superior a lo que ellos podían imaginarse, y sólo consiguieron darse una carrera como para ganar un campeonato.

IV

Alicia, cansada de esperar la vuelta de Ricardito y creyéndole en peligro por su tardanza, corrió a su casa para decirle a su padre todo lo que había pasado.

Al llegar a la puerta se encontró con Bronson, que le dijo :

— Alicia, no sea usted tonta; acceda a ser mi esposa y terminará de una vez todo esto que está sucediendo.

— Le he dicho a usted varias veces que no, y ahora le repito que antes prefiero morir de hambre que ser la mujer de un canalla como usted.

Bronson, haciéndose el desentendido del insulto de la joven, continuó diciéndole :

— Escúcheme usted tranquilamente, Alicia, o le juro que no pararé hasta llevar a su padre a un asilo.

— Me importan poco sus amenazas — exclamó la muchacha, haciendo ademán de entrar en la casa.

Pero Bronson, exasperado por sus desprecios, se abalanzó sobre ella, diciéndole :

— ¡Basta de resistencia! ¡Le he dicho que ha de ser mía y lo será, aunque me cueste ello la vida!

Al sentir sobre su cuerpo la zarpa de aquel miserable, Alicia luchó desesperadamente por librarse del abrazo en que la tenía sujeta, y al percibir cerca de su rostro el aliento nauseabundo de aquel reptil sintió estremecerse su cuerpo de asco y de repugnancia, y gritó pidiendo auxilio :

En aquel momento se presentó Ricardito y Bronson soltó inmediatamente a su presa, poniéndose en guardia contra el ataque que esperaba de su adversario ; pero éste, creyendo que se trataba de una de las escenas de la comedia que él se figuraba, exclamó riéndose :

— ¡Bien! ¡Muy bien!... Mucho realismo,



Por favor, Alicia, escúcheme usted

mucha vida... El señor es el jefe de los traidores, ¿verdad?

Alicia no podía comprender aquella pasividad, y le contestó exaltada :

— ¿Por qué no me defiende usted?... ¿No ve que ese bárbaro me ha hecho daño?

— Es que... la verdad, no sé qué es lo que tengo que hacer ahora — repuso Ricardito.

— Si yo estuviera en su lugar, no perdería el tiempo en preguntar qué es lo que debía hacer — repuso ella, cada vez más indignada.

Entonces creyó él que debía entrar en acción, y de un tremendo puñetazo echó a

rodar a Bronson, que se levantó diciéndole en tono amenazador :

— ¡Salga usted, ahora mismo, de mi propiedad!

— ¿En qué quedamos?... La señorita dice que esta propiedad es de ella ; usted que es suya, y yo que de mi padre... Me parece que de esta forma no nos vamos a entender.

Bronson comprendió entonces quién era aquel desconocido, y sin decir palabra se fué hacia donde suponía que debían estar sus hombres.

Ricardo, mientras tanto, cansado de aquella comedia y cada vez más entusiasmado de la belleza de la joven, se acercó a ella y le preguntó :

— ¿No le parece a usted que esta comedia ha durado ya bastante?

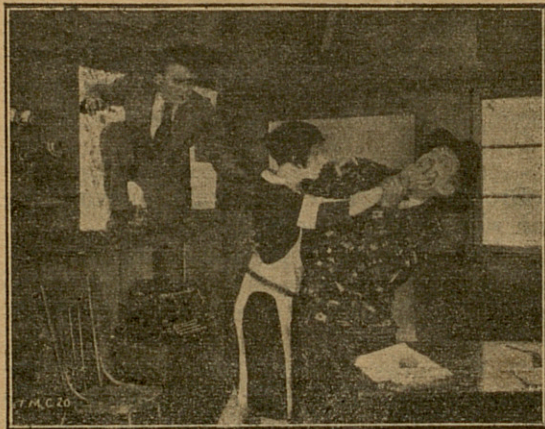
— ¿Pero todavía no ha comprendido usted que nada de esto es ficticio?... ¿Qué quiere usted que haga, qué quiere usted que le diga para convencerle de que esto no es una comedia, sino un peligro real?

Pero Ricardito no se daba por convencido con aquellas palabras, y volvió a decirle :

— Por favor, Alicia, escúcheme usted ahora fuera de melodramas, en la vida real.

— Ya he escuchado bastante ; así es que le ruego que me deje entrar en mi casa.

Y sin atender a la súplica del muchacho entró en su casa, donde apareció poco después su padre, preguntándole :



Estaba Bronson luchando con la joven

— ¿Has conseguido hablar con el señor Hemper?

— No. Lo único que he podido hacer es traerme conmigo al hijo del señor Hemper, pero no le comprendo... Se pasa la vida hablando de una comedia, de un melodrama que está interpretando ; y cuando le digo que esto es muy serio, se ríe de mí. Si yo pudiese hacerle comprender a ese joven que hay aquí un peligro evidente, que todo esto es un drama verdadero, estoy segura de que nos salvaría...

Y abrazándose a su padre, presa de un pánico terrible, exclamó :

— Tengo miedo, papá. Bronson es un hombre capaz de todo ; para lograr sus propósitos no se detendrá ni ante el asesinato...

* * *

Bronson, cuando se reunió nuevamente con sus hombres, les dijo :

— He visto al joven que acompaña a la hija de Cosgrove, y no es un detective, como creéis. Ese hombre es el hijo del señor Hemper.

— Entonces no hay más remedio que deshacerse de él, si queremos salir bien de este « negocio » — propuso uno de ellos.

— Sí, es lo mejor — contestó el encargado. — En este momento está en casa de Cosgrove : id a buscarlo.

Ricardito, cuando vió entrar al señor Cosgrove se presentó a él, y en el preciso momento en que éste iba a ponerlo en antecedentes de lo que pasaba, entraron los enviados de Bronson, y le dijeron :

— El encargado de su padre desea verle en seguida, señor Hemper.

— Veamos qué truco se traen ahora estos sujetos — se dijo interiormente el muchacho, dejándose llevar.

Pero en cuanto salió a la puerta se vió fuertemente sujeto por aquellos desconocidos, que lo encerraron en una cabaña un poco apartada del resto de las viviendas.

Sin darle ninguna importancia a lo que le sucedía, se fijó en un hueco que había en el techo y por allí saltó y se vió nuevamente libre.

Al darse cuenta los compinches de Bronson de que se les escapaba su prisionero, salieron detrás de él, pero Ricardito, saltando de un lado a otro con la agilidad de un acróbata, consiguió despistarlos por competo.

V

La desaparición de su hijo tenía al viejo Hemper en un completo estado de nerviosidad, y llamando a su médico le dijo :

— ¿Quiere usted decirles a sus cómicos que dejen ya a mi hijo?

— ¿Qué cómicos, quiere usted decir? — preguntó Benton, que ignoraba lo que había ocurrido durante su ausencia.

— Los que usted ha contratado para que representen ese melodrama en el que había de tomar parte mi hijo — repuso Hemper.

— Yo no contraté actores todavía... Lo único que hice fué exponerle a usted la idea.

Al oír aquello temió por lo que hubiera podido ocurrirle al muchacho, y exclamó sobresaltado :

— Usted tiene por norma empezarlo todo y no terminar nada. ¡Sabe Dios adónde habrá ido a parar mi hijo!

En aquel instante sonó el timbre del teléfono, y el señor Hemper tomó el auricular y exclamó lleno de alegría :

— Es él, es Ricardito.

Y así era en verdad. Este, para tranquilizar a su padre, por su ausencia, le llamó por teléfono para decirle :

— Estoy en Lago Huntington y puedo asegurarte que tu encargado Bronson es el as de los traidores de melodramas.

— Estás en un error tremendo, hijo mío

— le contestó su padre. — Ahí no hay melodramas ni cómicos; todo lo que ocurre es real.

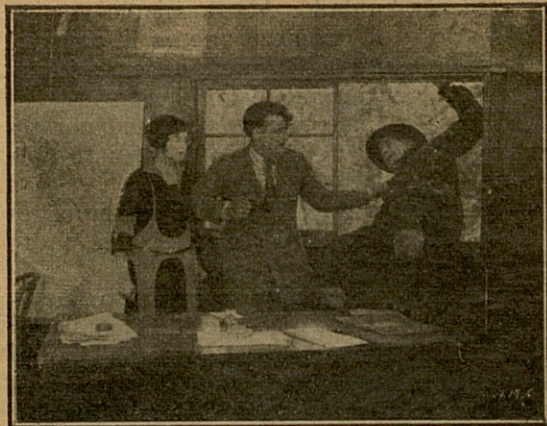
— ¿De modo que a ese pobre viejo le robaron el título y a esa muchacha la ofenden constantemente... de verdad?

— Así es. Y te suplico que protejas a Cosgrove y a su hija, pues son muy dignos de ayuda.

Ricardito no quiso saber más. Con lo que le había dicho su padre tenía bastante para correr a auxiliar a la pobre Alicia.

Razón tenía Alicia cuando decía que, para lograr sus propósitos, Bronson no se detendría ni ante el asesinato.

Y así era, en efecto. Siguiendo los consejos de su abogado, un leguleyo muy cuco,



• Lo arrojó por la ventana

que aprovechaba su conocimiento de las leyes para sortearlas hábilmente, se apoderó de Cosgrove y le obligó a firmar la cesión de su propiedad.

Hecho esto ordenó a sus hombres que lo condujeran, amarrado, a la canoa que había en el río y que la volaran con dinamita, cuando estuviera el viejo dentro.

• Ricardito, mientras tanto, se presentó en casa de Alicia, y ésta, al verlo, se abrazó a él llorando y le dijo :

— Han cogido a mi padre y se lo han llevado. Está en poder de Bronson y temo por su vida.

— Pierda cuidado. Ahora mismo voy yo a buscarlo, y le prometo que no le ocurrirá nada — le contestó el joven, saliendo inmediatamente en auxilio del viejo.

Alicia, algo más tranquila, llamó por teléfono al Sheriff del pueblo inmediato y le dijo :

— ¡Pronto, pronto! ¡Envíe a sus hombres a la explotación de Hemper!... ¡Mi padre está en peligro!

Ricardito desconocía por completo aquellos terrenos y tardó más que Alicia en llegar al despacho, donde estaba Bronson luchando con la joven.

Como una fiera que acaba de recobrar la libertad se arrojó sobre el miserable, y de un puñetazo lo hizo rodar por tierra. Se levantó éste e intentó defenderse, pero Hemper, más fuerte y más ágil que él, lo cogió en vilo y lo arrojó por la ventana.

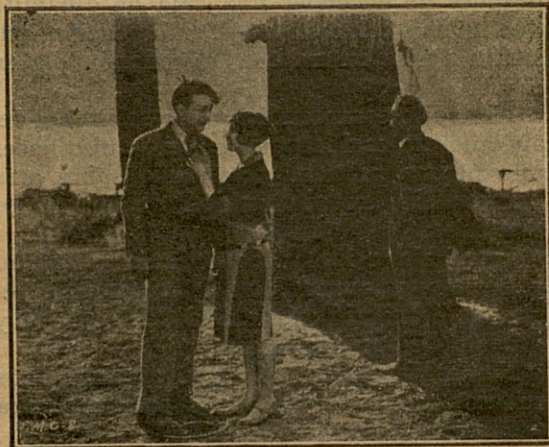
Buscó por todos lados, y cuando se aseguró que no estaba allí Cosgrove, atenazó el cuello del ruin abogado y le dijo en tono que no dejaba duda de que cumpliría su amenaza :

— Si no me dice usted, ahora mismo, dónde está el señor Cosgrove, le juro que lo mato como a un perro.

— Yo no sé nada — repuso el abogado.

Pero Ricardito, apretando aún más, volvió a decirle :

— Hable usted, o si no no sale de aquí con vida.



*Y en el mágico atardecer se repitió, una vez más,
la eterna sonata de amor*

En vista de que el joven empezaba a cumplir lo que decía, terminó por confesar :

— Se lo han llevado los hombres de Bronson, al río, para hacerlo desaparecer dentro de una canoa.

El valeroso muchacho lo soltó inmediatamente y salió corriendo, seguido de Alicia, hacia el lugar que le había indicado el abogado.

Cuando llegó ya era tarde. Los cómplices de Bronson habían amarrado sobre la cubierta de una canoa al pobre Cosgrove, y

después de encender una caja de dinamita que habían colocado en la embarcación, pusieron a ésta en marcha, abandonándola en el río.

Ricardito comprendió que la salvación del anciano era casi imposible, pero quiso hacer una última prueba, y saltando sobre otra canoa salió en persecución de la de los bandidos.

Imprimió a la lancha toda la velocidad que pudo, y cuando sólo faltaban unos segundos consiguió saltar a la de Cosgrove y librarlo de sus ligaduras.

No había hecho más que alejarse unos cuantos metros, cuando la canoa donde iba voló hecha añicos.

Bronson y sus cómplices habían visto la maniobra de Ricardito, y al verlo volver con el anciano exclamó el encargado :

— Ese chico se ha propuesto que lo quitamos de en medio, y hasta que lo consiga no nos va a dejar en paz. Vamos a caer todos sobre él y terminar de una vez para siempre.

Pero lo que ellos no podían suponer es que, cuando estaban luchando, se presentase la policía, avisada por Alicia, y los prendiera a todos.

Una vez solos Alicia, su padre y Ricardito, le preguntó aquel estrechándole la mano :

— Joven : ¿qué podré hacer yo para demostrarle mi gratitud?

— Muy sencillo — contestó el joven, mirando cariñosamente a Alicia. — Dándome algo que usted posea y yo deseo con toda mi alma...

Demasiado comprendió Cosgrove lo que quería decir, y creyó lo más oportuno dejar solos a los dos jóvenes para que se entendieran sin testigos...

Y en el mágico atardecer se repitió, una vez más, la eterna sonata de amor, y un beso apasionado unió dos almas y dos vidas por toda una eternidad.

FIN

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES
para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: **UNA** peseta

604

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES
para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

— por —
DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: **U N A** peseta